

Su hermoso rostro revelaba un profundo desaliento.

—¡La amaré!—decía llorando.—Cuando eché la misma suerte por Angélica, los dos papeles se separaron al caer: así no tengo miedo de Angélica, la amo; pero aquella... á aquella la aborrezco.

Y abrió uno de los compartimientos del libro de memorias que tenía en la mano. Dentro había un juego de naipes microscópicos. Cada naipe llevaba impresas muchas figuras extrañas con caracteres en lenguaje romi.

Nina las barajó, y extendiólas de tres en tres sobre el tapiz.

Luego levantó hacia Fulvio sus ojos materialmente bañados de lágrimas.

—Nunca he osado—murmuró con voz trémula—interrogar al porvenir sobre la muerte. Pero sufro tanto, que necesito saber el término de mi suplicio. Supuesto que tu muerte me pertenece, Fulvio, mi ídolo, adorado, quiero saber cuando llegará ésta.

Su dedo contó los naipes dispuestos como hemos dicho antes, y los recogió de nueve en nueve, barajando siete veces.

En seguida los alineó en una sola fila, consultándolos rápidamente.

Sus ojos se llenaron de sangre, su rostro reveló una expresión de horror indecible, y dejando caer con desaliento sus brazos, exclamó, entre dientes y con respiración cansada:

—¡Siete días!... ¡Es imposible!

Volvió á hacer el mismo juego, y golpeando con las manos sus rodillas, que chocaban convulsivamente contra el suelo, repitió:

—¡Siete días! ¡Dios mío! ¡Siete días!

Y no queriendo convencerse, empezó por tercera vez el juego.

Los naipes repitieron su inflexible sentencia.

—¡Siete días! ¡Siete días!

Nina permaneció largo rato inmóvil y como petrificada. La idea de esta amenaza mortal, cuya realización era tan próxima, la espantaba.

Pero muy luego apareció en sus labios el fugitivo reflejo de una sonrisa.

Sus ojos se reanimaron.

Y tomando por cuarta vez las cartas, las dispuso de otra manera.

—¡Para mí!—murmuró inclinándose ávidamente sobre los naipes.

Su semblante brilló, repentinamente con una expresión radiante, y en tanto que llevaba á sus labios la mano de Fulvio dormido, decía desde el fondo de su corazón consolado:

—¡Dios es bueno!... ¡Yo también siete días!... ¡Moriremos juntos!

### III

#### Berta Giudicelli

Volvamos ahora al aposento de nuestro antiguo amigo el señor David Heimer, jefe de la policía napolitana bajo el nombre de Johann Spurzheim.

Este viejo coquetón no permitía que nadie asistiese al acto de levantarse de la cama. Según él, el sueño quita el color, y un buen mozo no se presenta con todo su realce al comenzar el día.

Los mismos criados tenían orden de no entrar en su cuarto sin que los llamase.

Sin embargo, había una excepción, y ésta era en favor de Beccafico, empleado de aire ambiguo, al cual recibía Johann todas las mañanas para que cuidase de su atavío.

Johann tenía aún, en efecto, algunos cabellos, de los cuales estaba muy celoso: se hacía afei-

tar para sentir frescura en la cara, y los días en que debía recibir señoras, para bien del Estado, mandaba que le coloreasen el rostro con un poco de carmín.

Beccafico pudiera decir cuán dulce y aun agradable era el trato del Jefe de policía. Tenía la alegría de un niño. Su solo defecto consistía en ocuparse demasiado de los bailes de candil que daban en el barrio.

Aquella mañana el señor Johann Spurzheim se despertó mucho antes de la hora ordinaria en que su chambelán Beccafico entraba á visitarle.

Cuando cesó de dormir, los primeros resplandores del crepúsculo aparecían apenas tras los cristales de sus ventanas.

Como acostumbraba, invirtió cerca de diez minutos para hacerse dueño de sí mismo. Durante estos diez minutos de reflexión, se sintió con el corazón aliviado, pensando en los acontecimientos de la última noche.

—¡Lo principal está hecho!—pensó.—no echo de menos tanto á la pobre Bárbara como creía. La pobre Bárbara tenía todos los vicios; ¡debiera haberme ocupado de ella mucho antes! ¡Era un monstruo!

Después de esta oración fúnebre, se sintió bastante ágil para probar á volverse.

—Sólo siento la pérdida de Tesoro—repuso haciendo un visaje á consecuencia del esfuerzo que ejecutaba:—será preciso que me haga traer otro de Londres.

Y se interrumpió para lanzar un suspiro de alivio; estaba vuelto más de la mitad.

—¡Uf!—dijo—cada día me levanto con más facilidad; cuando esto haya concluido, correré como un ciervo ó saltaré como un kanguro; y si muero á los cien años será á consecuencia de mi

excesos. Tengo desgraciadamente una naturaleza demasiado sensual: ¡esto me perderá!

E introduciendo su mano, que hubiera podido pasar por la obra maestra de un hábil disecador, bajo la almohada, sacó una cajita de plata, que abrió con esfuerzo, tomando tres granos de tabaco de España, los cuales aspiró voluptuosamente y con precaución.

Un estornudo hizo explosión en toda su máquina, faltando poco para dispersarse sus diversas partes.

Y quedó un instante quieto, temiendo que se renovase el choque.

Pero la segunda explosión, que tal vez le hubiese hecho saltar como una mina, no tuvo lugar.

Esto le dió pie para dirigirse algunas nuevas congratulaciones.

—Ayer estornudé dos veces—dijo;—anteayer tres... Es sorprendente cómo voy tomando fuerzas. El tabaco produce mucho efecto, aun á los hombres más vigorosos... y la pobre Bárbara me aconsejaba siempre que no abusase, por supuesto ¡por mi propio interés!

Por fin volvió los ojos con aire inquieto y un poco triste hacia el lugar donde Tesoro, el *King's Charles* y la pobre *Bárbara* habían exhalado el postrer suspiro.

—¡Cuánto ha debido sufrir este querubín!—dijo, fijando los ojos en Bárbara.

En el techo dejóse oír un ligero crujido.

—¿Dormís, Excelencia?—preguntó, una voz.

—No, no, mocito—respondió Johann;—estoy aquí, despierto como un ratón, listo y dispuesto, gracias á Dios. ¿Qué han echado en la caja?

—Los informes de esos señores sobre el baile del palacio Doria.

—¡Ah! ¡Sí, esos señores!—dijo Johann riendo;

—¡altivos caballeros, á fe mía! Afloja el manubrio, Privato, y vete á dormir.

La tablilla sostenida por los cuatro cordones de seda que ya hemos visto otras veces, empezó á descender lentamente, deteniéndose á algunas pulgadas del cobertor.

Johann tomó de la tabla un puñado de papeles, y mientras aquélla volvía á subir, el Jefe de policía fué leyendo todas las comunicaciones una por una.

—Bueno—dijo;—ya estamos enterados; será necesario que me ocupe de todo esto más despacio.

Al propio tiempo se oyó el ruido de una llave en la cerradura de la puerta situada tras la cabecera de la cama y, apareció Pedro Falcone.

—¿Tenéis noticia del baile, señor?—preguntó este último.

—¿Ya?—repitió Johann—cuando queráis poner en mi conocimiento alguna cosa, será necesario que madruguéis más. Hace tres horas que ha concluído el baile. Todo lo sé... hasta que por poco caéis de espaldas al ver cara á cara el arrogante príncipe Fulvio Coriolani.

Pero se interrumpió diciendo con tono severo:

—No llevéis puñal al presentaros en sociedad, querido doctor, es necesario que un amigo de Johann Spurzeim guarde mejor el *decorum*. ¿No es verdad que nuestro coronel tiene una fuerza de todos los diablos?

—¡Cuando vi á aquel hombre!...—tartamudeó Falcone cuyos labios se estremecieron.

—¡Bien, bien, amigo! tenemos nuestros pequeños odios, es cierto. Ese hombre os ha jugado una mala pasada, no digo que no.

—¡Y ese hombre es inatacable!—exclamó el doctor

—¿Os parece?—dijo Johann con esa sonrisa burlesca cuya expresión era tan singular.

—Le he visto por mis propios ojos, sostenido por los de arriba y apoyado por los de abajo—replicó Falcone.

—¡Ah! ¡povero!—murmuró el Jefe de policía—¡sois muy inocente, doctor! Miradme bien. Hoy, ¿oís? hoy, yo Johann Spurzeim, pobre fantasma fácil de derribar con un soplo, haré bailar á ese coloso como un títere; bailar sobre los pies, sobre las manos, sobre la cabeza, hasta que ese títere ó coloso acabe por romperse el cráneo. Falcone lo miraba con aire incrédulo.

Johann introdujo sus manos trémulas bajo el cobertor diciendo:

—Las mañanas son frescas.

Luego añadió con acento triste:

—He sufrido una pérdida, Falcone; dos debería decir, contando con mi pobre Bárbara.

El doctor se estremeció. Este recuerdo había desaparecido casi de su memoria en medio de las emociones de la noche.

—¿Por ventura la señora Spurzeim?...—empezó.

—¡Ay! sí—interrumpió Johann;—héla ahí en ese rincón, mi verdadero y querido amigo.

Hasta entonces Falcone no había mirado hacia aquel lado; y entonces, á la vista del cuerpo de Bárbara alumbrado por la luz del día, retrocedió algunos pasos.

—Ya lo veis, doctor—repuso Johann;—¡así va el mundo! La hora de la separación llega. Ya me he ocupado del entierro, que quiero sea digno y aun brillante. Era una Monteleone, y quedaré más consolado si al ver el aparato fúnebre dicen las gentes: «—El señor Spurzeim sabe hacer las cosas.» ¡Pero mi pobre perrito es el que me va á hacer más falta, doctor!

Falcone se acercó al umbral de la puerta

—¿Creéis que había venido para mataros?—le preguntó.

—No me cabe la menor duda, amigo. Tesoro ha salvado la vida de su amo... Os ruego que os llevéis á los dos, porque el día, adelante y podría venir alguien.

En el semblante del doctor se reveló una viva repugnancia.

—Amigo—le dijo tranquilamente Johann,—es preciso no rehusar nada. Si algún día se llegase á saber que la pobre Bárbara ha muerto, por haber tomado las pastillas, me vería obligado á confesar que vos le habéis ofrecido cierta cajita de oro...

—¡Qué!—exclamó el doctor.—¿Os atreveríais?

—¿A decir la verdad? Siempre, amigo, siempre. Cargaos la pobre Bárbara sobre las espaldas y volvedla á la cama; allí, colocadla de un modo conveniente, poniendo cerca de su boca su pañuelo manchado de sangre. A la vuelta me traeréis la cajita consabida. En cuanto á *King's Charles*, tiradle por la ventana. ¡Lleváosle! su vista renueva mi sentimiento.

Este discurso fué acompañado de un gesto que no admitía réplica.

Pedro Falcone levantó el cuerpo de Bárbara, que estaba frío y rígido. Johann le contemplaba murmurando:

—Creía que esta muerte me hubiera causado más pena... Adiós, Bárbara, ¡adiós mi querida amiga!... ¡Adiós, Tesoro!

Pedro Falcone desaparecía con su doble carga. Johann, con las manos cruzadas sobre el coberter de la cama, se entretuvo, en dar vueltas á sus pulgares.

Al volver Pedro Falcone, le dijo:

—Poned un tapiz en el lugar donde hay sangre. Vos sois un químico hábil, y más adelante sa-

bréis hallar un reactivo para limpiar el suelo. Ahora sentaos y vamos á conversar un rato; tengo que daros mis instrucciones.

En la conversación que sigue, Pedro Falcone pudo conocer que el Jefe de policía no ignoraba nada de lo que había pasado, en el baile del palacio Doria.

—Aunque por punto general estoy contento de vos, amigo—le dijo Johann Spurzeim,—os refiré sobre un detalle particular. Hé aquí la regla inflexible: no obrar jamás sin órdenes previas. Malatesta es uno de esos aliados que no valen nada el día que poseen el secreto de la alianza. No se debe descubrir nunca á los *bambocciate* el hilo por medio del cual se les hace mover. Teneos por advertido para lo sucesivo.

—Basta, señor—respondió Falcone;—no espero comunicar nada nuevo á Su Excelencia diciéndole que hay entre las damas de honor de la princesa de Salerno una amiga muy íntima de Angélica Doria, y que esta joven es...

—Amigo—interrumpió Johann,—os he enviado al baile para vuestro provecho, no para el mío. Ahora sabéis la posición que ocupan en la corte napolitana Porporato y su bella amiga Fiamma; debo advertiros que es uno de aquellos seres á quienes jamás se ataca de frente. Acordaos de que todos nuestros golpes deben ser dirigidos, hasta nueva orden, de manera que no alcancen á la asociación del Silencio. En esto consiste precisamente la dificultad de la situación. ¿Lo comprendéis?

—Perfectamente, señor.

—Sabed también, que en todo el mundo no hay más que un hombre capaz de maniobrar en el espacio estrecho y peligroso en que nos vemos obligados á dar la batalla. Existe un solo hombre que sepa asentar el pie con seguridad

y donde dirigir los tiros. ¡Este hombre soy yo! Pedro Falcone hizo una señal de asentimiento. —¡Yo!—repitió Johann con el sincero orgullo que afectaba la profunda sagacidad de su naturaleza;—yo que antes de morir elevaré mi nombre á la altura de los más hábiles diplomáticos del universo. Yo, Johann Spurzeim, que seré conde de Monteleone y primer ministro del reino de las Dos Sicilias, yo que haré de vos, buen amigo, un conde, un duque, un príncipe, ¡todo lo que queráis con tal que yo también lo quiera! Apagad la lámpara y ayudadme á incorporar sobre la cama.

El doctor obedeció.

Johann impuso silencio con un gesto y empezó el capítulo de sus instrucciones.

Este hombre consumado, el primer diplomático del universo, omitió sin embargo un importante detalle. Olvidóse de pedir á Pedro Falcone la cajita de oro. Todavía éste no había llegado al último tramo de la escalera cuando ya se arrepentía de ello.

—Es necesario buscar la coyuntura para subsanar este olvido—murmuró.

Y agitó violentamente la campanilla que correspondía al piso superior.

Dejemos ahora el dormitorio del Jefe de policía para trasladarnos á la mezquina habitación de los Folquieri, donde se había refugiado Baldemonio para evitar la persecución de las patrullas de Castello-Vecchio durante su excursión por los tejados.

La mujer á la cual Baldemonio había llamado para que la reemplazase en su buena obra, estaba sentada cerca de la cama de la joven, durmiendo el sueño de la vejez, interrumpido por frecuentes é incesantes desvelos

Celestina descansaba en la cama; Julián estaba como entorpecido en su colchón.

El lector se acordará de que estos dos niños son los mismos que hemos visto en el mesón de Corpo-Santo, la familia adoptiva del pobre Manuel Giudicelli.

La anciana que los velaba tampoco nos es desconocida: llamábase Berta Giudicelli y era madre de la nodriza á quien habían robado los niños de Monteleone.

Desde entonces había cambiado poco; la misma figura flaca y larga, encorvada hacia delante por el peso de los años: la misma fisonomía de color de tierra, donde millares de arrugas se perdían en la confusa madeja de sus cabellos.

Pero en algunos meses parecía haber envejecido más, y sus ojos, sombreados por pestañas erizadas, despedían esa mirada inquieta en su fijeza que anuncia la agonía vacilante de la razón.

En aquella noche de otoño en que buscando á Mariola entre las ruinas de Martorello, no la había podido encontrar, por habérsela robado, tomó su báculo, y corriendo en busca de su esclava, su loca que hacía trabajar á latigazos, llegó con mucho trabajo hasta el fin de su camino, hasta Nápoles.

Su objeto era hablar al rey. Durante el camino entró un día rendida de fatiga en una capilla, donde un sacerdote recibió su confesión. Este sacerdote le ordenó que siguiese su viaje hasta la corte.

—Mujer pecadora—le dijo,—la misericordia de Dios no tiene límites. No morirás hasta que hayas descargado tu conciencia. Anda y repara el mal que has hecho.

El rey la recibió en palacio por deferencia á su ancianidad.

Quando Berta Giudicelli se halló delante del rey, buscó en vano en su memoria lo que le quería decir. Ni siquiera se acordó del objeto de su viaje.

Desde entonces su razón vacilante renacía á intervalos para velarse en seguida.

Hallábase en aquella situación que revela la más triste de todas las fases: había vuelto á la «infancia.»

Sin embargo aquella noche cumplió con su deber junto al lecho de Julián y Celestina. Gracias á su socorro los dos jóvenes tuvieron agua fresca, y los dos estaban salvados. Sólo permanecían aún soñolientos.

En aquella pobre habitación no había lámpara. La luz que procedente de la antorcha puesta por los soldados de Castello-Vecchio en el terrado, alumbrara á Baldemonio, ya no ardía. Cuando los primeros resplandores del crepúsculo de la mañana penetraron en esa obscuridad lóbrega y profunda, despertándose Berta por la vigésima vez, se levantó murmurando palabras ininteligibles. Puso su mano seca y fría en el pecho de Celestina y sintió latir su corazón.

—¡Ah!—dijo ella—¡si yo hubiese muerto á los dieciséis años!

Y atravesó el aposento con paso vacilante para ir á tocar el pecho de Julián.

—Late—profirió;—está caliente... Yo hace tiempo que carezco de corazón.

Luego, irguiéndose casi derecha, continuó:

—¡Ah!... ¿quién me dijo que hablase al rey? Necesito hablar al rey... no puedo morir sin que le vea.

Y volvió á su silla, en la cual se durmió. Pasados cinco minutos despertóse otra vez. Había perdido por un instante la memoria de los hechos recientes.

—Duermo en una silla—murmuró con sorpresa;—¿acaso no tengo cama?

Recordando después los acontecimientos, añadió:—Pronto dormiré bajo la tierra.

La claridad del alba penetraba ya en débiles resplandores á través de la ventana. A su luz pudo distinguir un objeto que brillaba vagamente sobre la mesa.

De súbito su fisonomía sufrió un cambio; tomó una expresión ávida y cautelosa, como la del gato que espía su presa. Acercóse sin hacer ruido á la mesa.

Para ver si los dos jóvenes tenían los ojos cerrados, primero miró á derecha, luego á izquierda.

En seguida, como una garra de un ave de rapina, su mano se cerró sobre el objeto que brillaba.

Era una bolsa, la bolsa que Baldemonio había dejado sobre la mesa en el momento de partir.

La anciana lanzó un ronquido de alegría. Con el tacto y el sonido conoció que había oro.

Alejándose de las dos camas, fuése á la ventana á abrir la bolsa y contar el dinero.

Había diez onzas dobles, y tres ó cuatro onzas sencillas de tres ducados. Entre los pliegues que surcaban su semblante, apareció una sonrisa de triunfo. La inteligencia de Berta Giudicelli pareció revivir á los rayos de este tesoro.

Y con una extraña claridad de raciocinio, dijo:—No les pertenece, pues han querido suicidarse á causa de su estado miserable. El otro les ha dejado esto... ¡luego no saben que lo tienen!

Berta vació la bolsa en el hueco de la mano, procurando no hacer ruido, y la volvió á poner sobre la mesa. Sólo había dejado una moneda y aun de las de menos valor.

—¡El otro!...—repitió mostrando en sus ojos una expresión de ferocidad—tiene una voz que me

ha penetrado el corazón... y su semblante... ¡Oh! ¡Dios me envía siempre personas que se les parecen!

Pero no por esto se le ocurrió la idea de restituir la suma robada. Antes por el contrario, la anudó en un extremo de su pañuelo.

Al volver á su silla decía:

—Sí... sí... será preciso que hable al rey.

Apenas se hubo sentado, su cabeza se inclinó sobre el pecho, quedando otra vez sumida en un sueño pesado.

Cuando despertó, la luz del día inundaba la habitación de claridad. Sus ojos se dirigieron primero hacia Celestina, cuya encantadora cabeza descansaba sobre su brazo doblado. Su sueño era el de un ángel. La anciana se frotó los ojos. —¡Oh!...—dijo—¡yo, sueño!

Y retiró su silla. Parecía que un espectro se hubiese presentado ante sus ojos azorados.

Como la visión no se apartaba de su vista sorprendida, huyó al otro extremo del aposento, donde estaba el colchón de Julián.

Sus ojos se fijaron en el pálido y hermoso semblante del seminarista, pero al verle exhaló un grito prontamente reprimido, cayendo de rodillas.

Todo su cuerpo temblaba como una hoja agitada por el viento.

—¡Estos niños salen de debajo de la tierra!— murmuró con acento de profundo espanto—esta noche he visto á los tres... ¡á los tres!... ¡Señor, tened piedad de mí. Hablaré al rey... ¡juro hablar al rey!

Arrastróse como pudo hasta la puerta; y estando en el dintel, deslizó una mirada de horror hacia el catre y el colchón.

Sus manos trémulas se extendieron delante de sus ojos, y atravesando el corredor como cuando

se emprende la fuga, dejóse caer en medio de su pobre habitación, murmurando á través de sus dientes cerrados:

—Hablaré al rey... lo he prometido á un sacerdote... ¡juro hablar al rey!

## IV

## El despertar

Después que la anciana Berta Giudicelli hubo salido del aposento, éste permaneció en el más profundo silencio. Sólo se oía el soplo alternado de las respiraciones de los dos adolescentes.

Por lo demás, todo se hallaba en el mismo estado en que lo encontró Baldemonio cuando se refugió en él, penetrando por la ventana mal cerrada. Excepto la sotana y el breviario, que ya no estaban allí, y el cambio de posición de Celestina, tendida ahora en su cama, nada había desordenado. La mesa y las sillas ocupaban ahora el mismo lugar, y Berta, obedeciendo á ese instinto maquinal de orden común á todas las ancianas, había entrado el brasero.

Ahora que la luz penetraba de lleno, veíanse las imágenes piadosas pegadas ó pendientes de las paredes.

La tarde en que los dos hermanos habían comido juntos bajo el emparrado de la hostería del Corpo-Santo, la tarde en que la animosa Celestina había empuñado la carabina de un gendarme para salvar la vida á Loredano Doria, apoderóse de los dos jóvenes un desaliento taciturno, en cuanto se desvaneció la exaltación producida por el peligro.

Celestina y Julián, altivos en su indigencia, se habían sentido humillados por el ofrecimiento de una recompensa.

La tierna sonrisa de Angélica ¿no había paga-